

EGUZKILORE

Número 26.  
San Sebastián  
2012  
41 - 45

Javier URRRA

*Primer Defensor del Menor  
Psicólogo forense de la Fiscalía del Tribunal Superior  
de Justicia y Juzgados de Menores de Madrid  
Profesor de la Universidad Complutense  
Presidente de la Asociación Iberoamericana  
de Psicología Jurídica*

### **ANTONIO BERISTAIN *El hombre que NO guardó el alma en los bolsillos***

Siempre necesitaremos un porqué y un para quién vivir. Antonio Beristain maestro y amigo nos mostró la importancia de compadecerse de la víctima, de comprometerse con ella.

Amante del estudio, del arte, de la introspección, del debate, supo trascender como persona (como le acontece geoméricamente al cubo, que sobre un plano es un cuadrado, pero ciertamente es otra dimensión). Espiritualmente se implicó piel con piel, mientras compartía una trascendencia inalcanzable.

Saboreaba las ideas, las reflexiones en profundidad, conocedor de que la semilla es ya parte de la planta.

Siempre y como buen optimista fue parte de la solución, buscando pasar de la comunicación a la empatía, del pensamiento al sentimiento y de la información al conocimiento.

Gustaba de estimular la creatividad, enseñar a asumir las decisiones, adornarse de fina ironía y buen humor.

Amaba la belleza, la sensibilidad, la ternura femenina.

Sabía que las personas podemos olvidar lo que se nos dijo, o lo que se nos hizo, pero es difícil que olvidemos cómo se nos hizo sentir.

Compartía que la higiene mental exige capacidad de perdón.

Perdón como derecho, como elección. Mi gran amiga Irene Villa me lo grabó a fuego un día que me dijo: “La Justicia, puede hacer justicia. Perdonar solo puede la víctima”.

Beristain, un hombre luminoso, que nunca se dejó sojuzgar, que disfrutaba con la amistad, que sabía que el “yo” es profundamente injusto.

Un hombre radicalmente inteligente que sabía amar sin poseer. Que rehuía la soberbia.

Un catedrático de derecho, un criminólogo que constataba que precisamos menos normas y más ética.

Un ser excepcional que apreciaba lo que tenía. Un vasco de buen comer, que no tenía otros horizontes que el de la humanidad unida por su siempre querida mar.

Le encantaba escuchar los vericuetos psicológicos del pensar, del sentir, del comportarse humano. Escuchaba con atención viva cuando le comentaba que debíamos enseñar a los niños el juego de que el que no sabe lo que siente el otro pierde. Asentía cuando le hacía partícipe de que nuestro joven astronauta Pedro Duque me contestó a la pregunta: “¿Cómo se ve la Tierra desde la luna?” “Azul y blanca”. Sí azul y blanca, como San Sebastián, sede del Instituto Vasco de Criminología. Azul y blanca, no hay más colores, ni más facciones, no más banderas, ni religiones, ni creencias, ni ideologías que desborden nuestra atmósfera.

Me enseñó mucho, pero me transmitió más. Entre otras cosas a ser valiente, a ser coherente, a defender con vehemencia y equilibrio, fundadamente en lo que se cree. Fue zaherido por algunos que debieran haberle sido próximos, por otros de la jerarquía, por quienes no quieren morder la mano de quien les da de comer. Aguantó sufriendo, pero aguantó. Aceptaba el dolor, elaboraba el sufrimiento.

Tras defender mi Tesis Doctoral “Dilemas éticos de los psicólogos”, se la llevé en mano a la Avda. Ategorrieta, todavía tenía que llevar un escolta.

Por mi profesión he conocido a muchas víctimas, mayoritariamente menores, he sufrido con ellas y he sentido el zarpazo sordo de personas como los padres de Sandra Palo que casi me han culpado de ponerme del lado del agresor en lugar de la víctima. Infamia que no acepto pero que entiendo viniendo de quienes tanto sufren, a quienes tanto daño han hecho.

A lo largo de mi discurrir vital, la impronta de Beristain aflora en libros como “Adolescentes en conflicto. 53 casos reales” publicado por Pirámide y en el que se trata en profundidad no tanto el aspecto procedimental de la Ley Orgánica de Responsabilidad Penal del Menor, sino su fundamentación, sus objetivos, sus esperanzas.

Mi obra no se entiende sin la influencia de D Antonio Beristain, el Profesor que me transmitió sentimiento al obrar y así publiqué “Agresor sexual, riesgo de reincidencia” en Editorial EOS y “Víctima de abusos sexuales” en Pirámide.

Como profesor universitario, como presidente de la Comisión Deontológica de los psicólogos, como psicólogo de la Fiscalía del T.S.J. de Madrid, como presidente de la Asociación Iberoamericana de Psicología Jurídica, como invitado a los medios de comunicación me siento preocupado por lo que hizo nacer en mí Antonio Beristain. Que yo no alcance a ser su discípulo, no obsta para que tuviera la inmensa suerte de aceptar ser sin decirlo mi maestro.

Vivió, Antonio vivió haciendo, pero huyendo del aceleramiento caótico, congratulándose con la literatura, la música, la escultura, la pintura, el arte.

En algunas de sus ponencias tuvo la genialidad y la osadía de concretar la acción con las víctimas, desde las víctimas, fijando la atención en una escultura, en una obra pictórica. Rotundo, seductor y siempre incitando a reflexionar a sentir.

Antonio jamás perdió la juventud del aprendizaje, ni las ganas por generar anti-cuerpos contra la violencia, exactamente lo opuesto al uso de la violencia como forma de resolución de conflictos.

Tomaba notas, recortaba artículos, subrayaba, te enviaba por correo citas relativas a un tema del que estábamos tratando. Asumía, interiorizaba, que es ineludible y urgente trabajar con la gestión de las emociones y los pensamientos, pues la carencia de educación emocional aflora en conductas violentas, como la de género.

Gustaba de formularse nuevas preguntas, nuevos retos, pero desde el rigor del proceder en el pensamiento.

Convendrán conmigo en que la calidad de nuestra vida puede medirse por lo que aportamos, en la de Antonio Beristain: COMPARTIR AMOR.

Ojeaba algunos de mis libros para escribir estas líneas como “Violencia, memoria amarga” publicado por Siglo XXI. O “Jauría humana: cine y psicología” en Gedisa Editorial. En unos está su prólogo, en otros una poesía de Antonio.

Ayer y hoy la víctima es la gran olvidada del sistema judicial y en ello tiene responsabilidad el legislador y una sociedad que empieza a rebelarse ante tamaño dislate e injusticia. Lo aprecio en el contacto permanente con Juan José Cortés, con los familiares de Marta del Castillo y con tantos otros “desconocidos” (para el gran público).

Hay que escuchar a la víctima, lo que no quiere decir que dicte la Ley, hay que acompañarla evitando el sentimiento de venganza. Hay que acudir a los medios de comunicación para abrir a la ciudadanía las puertas donde se imparte Justicia, pero reprimiendo cuando se busca el espectáculo morboso o se incita sibilinamente al linchamiento.

Ser independientes, mantener una distancia óptima no debe posicionarnos de forma aséptica. Hemos de vincularnos, comprometernos.

Señalemos al menor víctima, al que sufre. No nos dejemos engatusar por el espejismo del perfil del delincuente, del psicópata, del violador en serie, vayamos a lo profundo, compartamos el dolor provocado injustamente. Crezcamos desde la herida que sangra. No nos quedemos en la cómoda Academia o en la Cámara Legislativa, bajemos a la calle, adentrémonos en los Centros de Reforma, en las Cárceles, en la soledad de quienes perdieron a un ser íntimamente querido víctima de un desalmado.

Interroguémonos sobre la libertad individual; sobre la sanción como derecho; sobre protección y reforma tantas veces unidas y separadas; sobre el verdugo que también es víctima. Expliquémonos y pasemos a la acción.

Dejemos escritas nuestras contribuciones, en algún libro he dejado una página en blanco en homenaje a las víctimas, en otro mi dedicatoria es: “A los que sufren por causas de sus hermanos. Y a los que comparten y alivian su sufrimiento”.

En otro volumen se concluye con lo escrito por mi amigo Antonio Fraguas “Forges”: “La violencia es miedo de las ideas de los demás y poca fe en las propias”.

Estas líneas que ahora escribo son una ceremonia a la amistad, un grito de gratitud. Tenemos la obligación de reseñar lo aprendido y hacerlo de forma coherente con nuestro actuar pues de otra forma seríamos o un imbécil, o un cínico, o un impostor.

El proyecto de vida no admite modas, afrontarla exige una actitud, un carácter y a día de hoy hemos de exigir una ETA desarmada, unas víctimas reconocidas. La Dignidad Humana, así lo exige.

Leamos y releamos el Legado del Prof. Antonio Beristain, posicionémonos desde la esperanza, entendámosla como una obligación ética pero no confundamos víctima con victimario.

Los asesinos han de mirarse profundamente desde su sórdida soledad, para apreciar la incongruencia de su discurrir vital, su irreparable conducta. Para pedir perdón, intuyendo que si un día alcanzan a tener conciencia, ellos no podrán perdonarse.

Beristain nos enseñó a disciplinarse corporalmente, tanto como cognitiva y emocionalmente.

Compartíamos que gran parte de los problemas de la humanidad vienen de la mano de un empobrecedor uso de la palabra.

A Antonio le encajaba lo dicho por Gregorio Marañón “Vivir no es solo existir, sino existir y crear, saber gozar y sufrir y no dormir sin soñar”.

Sí, a Beristain se le podría escuchar lo plasmado por Miguel de Cervantes en Don Quijote de la Mancha “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no puede igualarse los tesoros que encierran la tierra y el mar encubre; por la libertad así como por la honra, se puede aventurar la vida”.

Antonio Beristain, que entendió el mundo sin fronteras y el conocimiento como interdisciplinar, que participó en el “Tratado de Psicología Forense” que editado por Siglo XXI, tuvo el honor de compilar, donde en el capítulo: Victimología. Víctimas del Terror, iniciamos: “Mudos como el dolor, solo nos brotan las lágrimas” y donde se cuenta entre otras la historia de Lucrecia Blasco Baselga a la que he seguido y que me invitó al restaurante Jai-Alai de Madrid al obtener la plaza como enfermera de cardiología. Lucrecia con 13 años perdió a su hermano y sufrió graves secuelas en el atentado de Omaght por el denominado IRA auténtico.

La muerte de Antonio, no me ha permitido entregarle mis últimas publicaciones en gran medida deudoras de su docencia, en “Secretos de Consulta” publicado por Planeta, mi gran amigo y Decano de los psicólogos de España, Francisco Santolaya, cita un caso de un hombre afectado por una grave depresión ansiosa, víctima de lo que vio en aquel garaje donde unos individuos se acercaron a una joven que descendía de su vehículo y le descerrajaban tres tiros. Corrió hacia ella que murió en sus brazos. Resultó que esos esbirros mezzquinos equivocaron la víctima. La declaración de este hombre privó a los bastardos de libertad, pero como él dice referido a la joven asesinada “Nunca olvidaré su mirada”.

Hace no mucho, su fiel, leal y eficaz colaboradora Inmaculada Iraola, me decía: “¡Cuánto le quería!”

Descubrí hace años, que los corazones deben usarse hasta romperlos.

Siempre admiré los diálogos socráticos y quedan en mi memoria afectiva las conversaciones en Igueldo.

Entrañable. Es por ello que Aracely mi mujer y maestra me mostraba el bellissimo pañuelo que le regaló Antonio, y Beatriz nuestra hija, psicóloga, recientemente independizada, se ha llevado a su nuevo hogar la paloma que su admirado Beristain le entregó, como siempre con un rotundo mensaje.

Mis recuerdos se ensanchan con la presencia de personas de calidad personal y profesional que el Profesor reunía, entre otras: Esther Giménez-Salinas; Enrique Echeburua; Félix Pantoja; José Luis de la Cuesta; Tony Peters; Eugenio Raúl Zaffaroni; Ignacio Subijana; Joaquín Giménez; Francisco Etxeberria...

En el libro “¿Qué se le puede pedir a la vida?”, editado por Aguilar, he incluido una historia real, que le impactaba:

En el Centro Piloto Nacional de Menores tuvimos privado de libertad a un muchacho magnífico y de buen corazón durante tres años por los múltiples robos que había cometido (el primero, leche materna para su hermano pequeño). No recibió nunca una visita, ni una carta, ni una llamada telefónica. Al acabar su sanción lo acompañé en mi coche a su pueblo, muy lejano, llamamos a la puerta, se abrió, salió una señora y dijo: “Ya está aquí este hijo de puta”.

Era su madre.

Recientemente he defendido mi Tesis Doctoral en Enfermería sobre “Fortalezas para superar los socavones de la vida”, de cuyas conclusiones me he servido para publicar en Planeta “Fortalece a tu hijo” que termina con la conocida y percutiente frase:

“Soy el dueño de mi destino  
Soy el capitán de mi alma”

Nunca olvidaré cómo inició la clase en Arkaute a Jueces y Fiscales D. Antonio Beristain.

Allí en la Academia de la Ertzaintza, en un magnífico salón, compartíamos mesa y ponencia, Antonio les preguntó: –¿A qué iban por la mañana a su Juzgado? Alguien dijo: –“A impartir Justicia”. Entonces severo, alzándose, el profesor, el maestro Antonio Beristain Ipiña contestó: –“¡No!”, “Vais a impartir AMOR”.